

perjurio. El que no esté contento que lo diga. Aquí estoy yo.

TIEFENBACH.—Bah, bah; esto era pura conversación.

MAX (devolviendo el papel).—Vaya, pues; hasta mañana.

ILLO (fuera de sí, sofocado de ira, le presenta con una mano el papel y con la otra la espada).—¡Firma, Judas!

ISOLANI.—¡Demonio!... ¡Illo!

OCTAVIO, TERZKY, BUTLER (á un tiempo).—¡Abajo la espada!

MAX (coge á Illo, le desarma y dice al conde Terzky):—Que lo lleven á la cama.

(Se va. Illo, enfurecido y gritando; algunos generales le detienen. En medio del tumulto cae el telón.)



ACTO V

ESCENA PRIMERA

Una habitación de la casa de Piccolomini. Es de noche

OCTAVIO PICCOLOMINI.—UN CRIADO, alumbrándole. Á poco
MAX PICCOLOMINI

OCTAVIO

CUANTO regrese mi hijo, decidle que quiero verle... ¿Qué hora es?

EL CRIADO.—Pronto amanecerá.

OCTAVIO.—Colocad allí esa luz. No he de acostarme; podéis retiraros.

(Vase el criado. Octavio se pasea pensativo por la habitación. Sale Max y contempla un instante á su padre en silencio.)

MAX.—¿Estáis irritado conmigo, padre? Sabe Dios que no tengo la culpa de la odiosa disputa. Bien ví que habíais firmado y hartó sé también que lo que para vos es conveniente debe serlo para mi; pero en

tales asuntos sólo puedo seguir mi propio consejo y no el ajeno.

OCTAVIO (*se le acerca y le abraza*).—Sigue siempre el tuyo, hijo mío; hoy te ha guiado mejor que el ejemplo de tu padre.

MAX.—Explicaos con claridad.

OCTAVIO.—A eso voy. Después de lo ocurrido esta noche, no deben existir secretos entre ambos. (*Ambos se sientan.*) Dime, Max; ¿qué opinas de ese compromiso que hemos firmado?

MAX.—Opino que no es de ningún modo peligroso, á pesar de no complacerme del todo la fórmula.

OCTAVIO.—¿No tienes ningún otro motivo para rehusarle la firma?

MAX.—El asunto es grave; estaba distraído y además no me pareció la cosa tan urgente.

OCTAVIO.—Sé franco, Max; ¿nada sospechabas?

MAX.—¿Si sospechaba?... ¿Qué?... Nada absolutamente.

OCTAVIO.—Pues bendice á tu ángel bueno. Sin saberlo te has salvado de caer en un abismo.

MAX.—No entiendo qué decís.

OCTAVIO.—Digo que te hubieras hecho cómplice de una acción culpable, y con sólo una plumada renegabas de tus deberes y de tu juramento.

MAX (*levantándose*).—¡Padre!

OCTAVIO.—Aguarda; siéntate. Tengo que decirte muchas cosas todavía. Largos años há, hijo mío, que vives víctima de inconcebible ceguera. A tu propia vista se trama la más horrible maquinación y un poder infernal perturba tus sentidos. No puedo callar por más tiempo; es forzoso arrancarte de los ojos la venda.

MAX.—Antes de proseguir, medita bien lo que teñéis que decirme. Si os fundáis en simples conjeturas, como me temo, excusadme toda declaración. No me siento dispuesto á oírla con ánimo tranquilo.

OCTAVIO.—Si tú tienes graves motivos para huir de la luz, yo los tengo también, y muy poderosos y urgentes, para mostrártela. Podría abandonarte á tu propia inocencia y á tu propio criterio, pero tu mismo corazón puede ser víctima de la asechanza, y el secreto que tú me ocultas (*mirándole fijamente*)... me obliga á revelarte el mío. (*Max intenta responder, pero luego se detiene y baja turbado la vista. Tras breve pausa Octavio continúa.*) Sábelo ya; te engañan; juegan indignamente contigo y con todos nosotros. El duque finge el propósito de abandonar el mando, mientras, por otra parte, á estas horas se trabaja por sustraer el ejército al Emperador para entregarlo al enemigo.

MAX.—Conozco perfectamente esos cuentos de sacristía, mas no esperaba oírlos de vuestros labios.

OCTAVIO.—Si mis labios los repiten, bien puedes estar seguro de que no son cuentos de sacristía.

MAX.—Entonces se atribuye al duque una gran locura. ¿A quién se le ocurre que treinta mil hombres probados y honrados, entre los cuales figuran más de mil nobles, serán capaces de faltar á su honor, á su juramento, á sus deberes, por cometer una traición?

OCTAVIO.—No solicita el duque semejante infamia. Lo que de nosotros pretende tiene un nombre más inocente. Sólo desea pacificar el imperio, y como el Emperador odia la paz, quiere forzarle á aceptarla. Sólo ansía apaciguar á los partidos y tomarse, por precio de su fatiga, la Bohemia, donde se halla ya instalado.

MAX.—¿Mereció de nosotros, padre, que tengamos de él tan indigna opinión?

OCTAVIO.—Aquí no se trata de nuestra opinión sino de un hecho claro y probado y de irrefutable elocuencia. Tú no ignoras, hijo mío, cuán descontenta está de nosotros la corte; pero lo que sí no has podido soñar siquiera son las astucias, el artificio, los embustes

puestos en juego para sembrar la indisciplina en el ejército. Se han roto ya todos los lazos que atan el oficial al Emperador y el soldado á las leyes civiles, y así libertado de sus deberes y de toda sujeción se fortifica contra el mismo Estado que debía defender, y amenaza volver contra él la propia espada. Llegaron las cosas á tal punto que el Emperador tiembla ante su propio ejército; teme, en su propia capital, en su propio palacio, el puñal de los traidores, y se ve obligado á sustraer su familia querida á las asechanzas, no de los suecos, no de los luteranos, sino de sus mismas tropas.

MAX.—Basta; me lastimáis... me atormentáis... porque, si nada significa un temor vano, desde luego la infundada sospecha trae siempre consigo desdichas ciertas.

OCTAVIO.—Nuestra sospecha no es falsa. La guerra civil, la más terrible de todas, está próxima á estallar, si no acudimos prontamente á prevenirla. Todos los coroneles están comprados hace tiempo; vacila la fidelidad de los subalternos; regimientos enteros flaquean. Y en esto guarnecen nuestras fortalezas los extranjeros. Han confiado al sospechoso Schafgotsch las tropas de Siberia, á Terzky cinco regimientos de infantería y caballería, á Illo, á Kinsky, á Buttler, á Isolani los mejor equipados.

MAX.—Y también á nosotros.

OCTAVIO.—Porque nos creen seguros, y piensan seducirnos con brillantes promesas. A mí me confía los principados de Glatz y de Sagan; á ti... bien sé con qué anzuelo piensa cogerte á ti.

MAX.—No, no, ¡imposible!

OCTAVIO.—¡Ah! ¡Abre los ojos, Max! ¿Por qué piensas que nos ha congregado en Pilsen? ¿Para deliberar con nosotros? ¿Cuándo Friedland ha necesitado nuestros consejos? Nos llama para que nos venda-

mos á él, ó conservarnos en prenda si rehusamos. Por esto, sólo por esto, no ha venido Gallas, ni verías aquí á tu padre, si más altos deberes no le tuvieran encadenado.

MAX.—No oculta ciertamente que nos convoca, y que necesita de nosotros para sostenerse. Tanto hizo por nosotros, que bien le debemos algo en cambio.

OCTAVIO.—¿Y sabes qué? En los arrebatos de su embriaguez, Illo hizo traición á su secreto. ¡Piensa en lo que viste, y has oído! Ese documento falsificado, esa cláusula decisiva, tachada, ¿no arguyen claramente que no quieren llevarnos á nada bueno?

MAX.—Para mí lo que pasó anoche con el tal escrito, es una artimaña de mala ley, debida exclusivamente á Illo. Esa raza de intrigantes ambiciona siempre el primer lugar en todo género de gestiones, y no repara nunca en los medios. Ven que el duque está indispuerto con la corte, y creen servirle enconando la llaga, hasta que sea incurable. Creedme; el duque nada sabe de esto.

OCTAVIO.—¡Cuánto siento destruir la robusta confianza que tienes en él! pero el tiempo urge, hay que obrar con prontitud, y no puedo guardar miramiento alguno... Oye... Cuánto te he confiado, cuánto te parece increíble, lo sé de su propia boca; el mismo príncipe me lo ha dicho.

MAX (*vivamente agitado*).—¡Jamás!

OCTAVIO.—El mismo príncipe ¿oyes bien? el mismo príncipe me ha confiado lo que ya sabía ciertamente por otro conducto: que pensaba pasarse á los suecos, y puesto á la cabeza de las tropas aliadas, forzar al Emperador...

MAX.—Con su carácter irascible, y ofendido tan gravemente por la corte, es fácil que en un momento de mal humor se haya olvidado de sí mismo hasta ese punto.

OCTAVIO.—No; cuando tal me ha confesado estaba muy sereno. Más: como me mostrara sorprendido, tomó mi sorpresa por temor y me enseñó en confianza algunas cartas de los sajones y los suecos que le prometían su auxilio.

MAX.—¡ Ah no!... ¡ Esto no puede ser!... ¡ no puede ser!... Forzosamente le hubiérais manifestado vuestro horror, y él se hubiera dejado persuadir... ó no existiríais ya.

OCTAVIO.—Le manifesté mi opinión; usé de mis instancias para disuadirle de su proyecto, pero ocultéle también el horror que me causaba, y el fondo de mis sentimientos.

MAX.—¿ Con tal falsía hubiérais obrado? No está en vuestro carácter. Si no os creí cuando maldecíais de él, menos os creo ahora que os calumniáis á vos mismo.

OCTAVIO.—Yo no le pedí su secreto.

MAX.—Pero su confianza merecía vuestra sinceridad.

OCTAVIO.—Ya no era digno de mi franqueza.

MAX.—Menos digna de vos era la traición.

OCTAVIO.—Hijo mío; en la vida no siempre es posible obrar con aquella infantil inocencia que la conciencia prescribe. Obligado continuamente á defenderse contra la astucia, el corazón más puro deja de ser sincero. Esta es cabalmente la fatalidad que acompaña al mal, de donde resulta que se engendra y se multiplica al infinito. Yo no trato de investigar nada: cumplo mi deber y en paz. El Emperador ha trazado mi línea de conducta, y aunque sin duda sería mejor seguir la voz del corazón, habría que renunciar muchas veces para ello á más de un honroso deseo. Aquí sólo se trata, hijo mío, de servir al Emperador. Siendo así, ¿ qué me importan los reproches del corazón?

MAX.—Está visto que hoy no puedo entenderos. ¡ El príncipe os revela francamente el secreto de su alma

con mal propósito, y vos, con buen propósito, le engañáis! Basta; os lo suplico. No pudisteis arrebatarle un amigo; no me hagáis perder un padre.

OCTAVIO (*sofocando su emoción*).—Aún no lo sabes todo, hijo mío; algo he de revelarte todavía. (*Pausa.*) El duque de Friedland ha tomado ya sus precauciones fiando en su estrella;..... cree que nos sorprenderá de improviso y presume tener ya en sus manos la corona. Se engaña. También nosotros estamos dispuestos, y camina á su misterioso y funesto fin.

MAX.—No os apresuréis, padre. ¡ Os conjuro á ello por cuanto amáis en la tierra!... No os precipitéis.

OCTAVIO.—Con paso silencioso se acerca por el camino de la perversión, mas la venganza le sigue á los alcances precavida. Sin que él la vea, oculta en la oscuridad, le acecha á sus espaldas: un paso más, y caerá en sus manos. Viste conmigo á Questenberg: tú conoces su comisión ostensible; otra secreta viene á confiarme.

MAX.—¿ Puedo conocerla?

OCTAVIO.—Max, con una sola palabra depongo en tus manos la salvación del imperio y la vida de tu padre. Tú quieres á Wallenstein; potente vínculo de amor y veneración te ata estrechamente á él desde los primeros años... Ahora deseas... deja que me anticipe á tu tardía confesión... nutres la esperanza de unirte á él con más estrecho nudo.

MAX.—¡ Padre mío!

OCTAVIO.—Confío en ti, pero ¿ puedo estar seguro de que sabrás contenerme? ¿ Podrás parecer á su vista con tranquila frente, cuando yo te haya revelado la suerte que le espera?

MAX.—¿ No me habéis descubierto ya su crimen? (*Octavio saca unos papeles de una arquilla y se los presenta.*) ¡ Cómo!... ¿ Una carta del Emperador?

OCTAVIO.—Lee.

MAX (después de haberla hojeado).—¿Sentenciado y proscrito el príncipe?

OCTAVIO.—Así es.

MAX.—¡Oh qué adelantadas están las cosas! ¡Oh deplorable error!

OCTAVIO.—Sigue leyendo. Serénate.

MAX (después de haber leído, mira á su padre con sorpresa).—¡Cómo!... ¿Sois vos quien...

OCTAVIO.—Me confieren interinamente el mando hasta tanto que el rey de Hungría pueda parecer ante el ejército.

MAX.—¿Y presumís poder arrancárselo? No; no penséis tal. ¡Ah padre mío, qué desdichada comisión os han encomendado! ¿Cómo esperáis valeros de esta orden, desarmar á un general tan poderoso como él, rodeado de sus tropas, de sus miles de valientes?... ¡Estáis perdido, y estamos perdidos todos!

OCTAVIO.—Sé á lo que me expongo. Estoy en manos del Todopoderoso, que cubrirá con su escudo la casa imperial, y aniquilará la obra de las tinieblas. Cuenta aún el Emperador con fieles servidores, y existen en el mismo ejército valientes que combatirán con energía por la buena causa. Los fieles están ya advertidos; y los otros, vigilados. Aguardo sólo que den el primer paso; y entonces, súbitamente...

MAX.—¡Cómo! ¿Con tal precipitación pensáis obrar por una simple sospecha?

OCTAVIO.—Muy lejos está del ánimo del Emperador ejercer un solo acto de tiranía. El hecho, no la intención, quiere castigar. Del príncipe depende todavía su propia suerte; si no ejecuta su crimen, le depondrán sin ruido, cederá el puesto al hijo del Emperador y hallará honroso destierro en sus propios dominios, lo cual más bien que un castigo será para él un beneficio... Pero á la primera gestión... evidente...

MAX.—¿Y á qué llamáis gestión evidente? Ninguna



OCTAVIO.—¿Qué hay?

hará que sea criminal. Bien podríais, como ya ha sucedido, dar una interpretación funesta á la más inocente acción.

OCTAVIO.—Por muy culpable que sea el proyecto del príncipe, sus actos públicos hasta ahora pueden interpretarse de un modo inocente; por tanto no haré uso de este escrito hasta que una acción decisiva pruebe su traición y le condene.

MAX.—¿Y quién la juzgará tal?

OCTAVIO.—Tú mismo.

MAX.—¡Siendo así, no emplearéis jamás esa orden! Prometedme que no obraréis sin haberme convencido antes.

OCTAVIO.—Pero ¿es posible?... Después de lo que sabes; ¿le crees todavía inocente?

MAX (*con viveza*).—Vuestro juicio puede engañaros, pero no mi corazón. (*Moderándose.*) El genio no se deja comprender tan fácilmente como el talento ordinario. Busca su destino en los astros, y como ellos, se dirige á su fin por sendas misteriosas é incomprensibles. Creedme; sois injustos con él. Todo se explicará al cabo, y un día le veremos salir puro y radiante de entre las negras sospechas.

OCTAVIO.—Lo esperaré.

ESCENA II

Dichos.—UN CRIADO; á poco UN MENSAJERO

OCTAVIO.—¿Qué hay?

EL CRIADO.—A la puerta aguarda un propio.

OCTAVIO.—¿A estas horas? ¿Quién es? ¿De dónde viene?

EL CRIADO.—No ha querido decírmelo.

OCTAVIO.—Que pase. Ni una palabra á nadie. (*El*

criado se va. Sale un corneta.) ¿Eres tú, corneta? ¿Vienes de parte del conde Gallas? Dame la carta.

EL CORNETA.—Traigo sólo un encargo de palabra. El general temió que...

OCTAVIO.—¿Qué ocurre?

EL CORNETA.—Me encargó que os dijese... ¿Puedo hablar con entera libertad?

OCTAVIO.—Mi hijo está enterado de todo.

EL CORNETA.—¡Cayó en nuestro poder!

OCTAVIO.—¿Quién?

EL CORNETA.—El intermediario Sesina.

OCTAVIO (*con viveza*).—¿Está en vuestro poder?

EL CORNETA.—El capitán Mohrbrand le prendió ayer en el bosque de Bohemia, camino de Ratisbona, á donde iba con algunos despachos para los suecos.

OCTAVIO.—¡Por fin! ¡por fin!... ¡Qué gran noticia! Ese hombre es para nosotros caja preciosa que contiene importantes noticias. ¿Le han encontrado mucho encima?

EL CORNETA.—Cinco paquetes sellados con el escudo del conde Terzky.

OCTAVIO.—¿Nada de maño del príncipe?

EL CORNETA.—Que yo sepa, nada.

OCTAVIO.—¿Y Sesina?

EL CORNETA.—Parece que se espantó mucho cuando le dijeron que le llevarían á Viena. Pero el conde Altringer se ha esforzado en hacerle concebir esperanzas si lo descubría todo.

OCTAVIO.—¿Altringer se halla con el general? Me habían dicho que estaba enfermo en Linz.

EL CORNETA.—Hace tres días que está en Frauenberg en casa del general. Han reunido ya sesenta banderas, y escogidas tropas, y os anuncian que sólo aguardan vuestras órdenes.

OCTAVIO.—Muchas cosas pueden suceder en poco tiempo. ¿Cuándo debes regresar?

EL CORNETA.—Estoy á vuestras órdenes.

OCTAVIO.—Aguarda á la tarde.

EL CORNETA.—Está bien.

(*Hace que se va.*)

OCTAVIO.—¿No te ha visto nadie?

EL CORNETA.—Nadie. Los capuchinos me han franqueado el paso, como siempre, por la puertecita del claustro.

OCTAVIO.—Vé á descansar un poco, y mantente escondido. Me parece que podré despacharte esta misma noche. Los asuntos van á desenlazarse pronto,

y antes de terminar el día fatal que apunta ahora, el hado habrá resuelto.

(*Vase el Corneta.*)



ESCENA III

OCTAVIO y MAX PICCOLOMINI

OCTAVIO.—¿Y qué dices á esto, hijo mío? Pronto se aclarará el misterio, porque tengo sabido que todo pasaba por manos de Sesina.

MAX (*que habrá estado combatiendo consigo mismo, dice con resolución*): Quiero averiguarlo todo por el camino más corto. Adiós.

OCTAVIO.—¿Dónde vas? Aguarda.

MAX.—Voy á encontrar al príncipe.

OCTAVIO (*asustado*).—¡Qué!

MAX (*volviendo*).—Si creísteis que aceptaría un papel en esa trama, os habéis engañado. Yo debo obrar con rectitud. No puedo ser sincero con los labios y falso en mi interior. No puedo ver que un hombre se fía de mí como de un amigo y abusar de mi propia conciencia persuadiéndome á que obra de su cuenta y riesgo y que yo no le engaño. Yo debo ser siempre para él, lo que él supone que soy. Voy á ver al duque; hoy mismo le persuadiré á sincerarse á los ojos del mundo de las calumnias dirigidas contra él y á desbaratar con su franca conducta vuestras artificiosas maquinaciones.

OCTAVIO.—¡Cómo!... Querías...

MAX.—Sin duda alguna; eso quiero.

OCTAVIO.—¡Ah sí! Me equivoqué contigo. Esperé hallar en ti al hijo prudente que bendeciría la mano bienhechora que le arrancaba del abismo, y me encuentro con un hombre cegado y extraviado por la pasión amorosa, y obstinado en cerrar los ojos á la luz. Vé; preguntale; sé lo bastante insensato para librarle el secreto de tu padre y tu Emperador, obligame á reñir con él abiertamente antes de tiempo. ¡Sí! cuando por un milagro del cielo mi secreto ha permanecido oculto hasta hoy, y los penetrantes ojos del recelo y la sospecha permanecieron dormidos, vea yo abrumado de pesar, cómo mi propio hijo aniquila, con su imprudencia y su locura, la obra penosa de la política.

MAX.—¡Ah!... ¡la política!... ¡Cómo la maldigo! Con vuestra política le empujaréis á una resolución extrema... Sí; puesto que queréis que sea culpable, bien podéis hacerle tal... ¡Oh! Esto no puede parar en bien... Cualquiera que sea la decisión de la suerte, presiento un desenlace próximo y deplorable. Por-

que si sucumbe ese hombre magnánimo, precipitará un mundo entero en su caída. Como al incendiarse una nave en alta mar, vuela con ella la tripulación, así pereceremos con él cuantos vamos embarcados en su fortuna... Obrad vos como gustéis, mas permitidme portarme también como tenga por conveniente... Fuerza es que no exista la más ligera nube entre él y yo, y antes que anochezca he de saber si he perdido un padre ó un amigo.

(*Vase. Cae el telón.*)

